VÍCTOR M. ACUÑA
PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD POPULAR DEL OESTE
"JOSÉ GIL NAVARRO"
JOSÉ MARÍA MORENO 480

UNIVERSIDAD POPULAR DEL OESTE

"JOSÉ GIL NAVARRO"

BUENOS AIRES
SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS
AVENIDA CÓRDOBA, 2028
1944

VÍCTOR M. ACUÑA
PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD POPULAR DEL OESTE
"JOSÉ GIL NAVARRO"
JOSÉ MARÍA MORENO 480

UNIVERSIDAD POPULAR DEL OESTE

"JOSÉ GIL NAVARRO"

BUENOS AIRES
SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS
AVENIDA CÓRDOBA, 2028
1944

Entrega de diplomas a los egresados del curso de 1943. Trabajo leído en el salón de actos de la Caja Nacional de Ahorro Postal, el 15 de julio de 1944.

La "Universidad Popular del Oeste, José Gil Navarro", es una creación argentina; cobija en su seno a muchos cientos de argentinos y los prepara para que noblemente trabajen y honren a la tierra que los vió nacer; a esa tierra donde, desde el cielo con su sol y las montañas con sus blancuras de azucenas hacen presente a la bandera; desde los laureles de sus bosques, las tacuaras de sus húmedas tierras, las guirnaldas de sus rojas ceibas y las manos cordiales que se cruzan entre los habitantes, hablan del escudo; desde el rumoroso viento en la llanura, en las selvas, en los montes y en los mares parecen decir: *Oíd mortales el grito sagrado;* desde los altivos picachos de donde arranca el vuelo el cóndor magnífico para perderse en el azur y lanzar, desde allí su ronco y avizor grito, los ecos repiten: *libertad, libertad, libertad;* desde donde todo habla de patria, de grandeza, de heroicidad, de belleza, de generosidad, de Dios; desde donde el niño reza su oración inocente y es ella como la de aquellos hombres que hace 128 años escribieron en broncínea página: *Declaramos solemnemente ante la faz de la Tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias, romper los violentos vínculos que la ligaban a los reyes de España...;* desde donde el hombre libre canta su canción alegre, con la que acompaña su productiva labor y al escucharlo, como una prolongación se expande... *Y asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino...*

En nuestra Universidad Popular se plasma, aunada a la

capacidad para producir más y mejor, el alma argentina así como la concibieron los hombres de la heroica epopeya libertadora: San Martín y Moreno, Belgrano y Rivadavia, y la afirmaron los constructores Mitre y Sarmiento y la perfeccionaron los conductores Roca y Sáenz Peña. Nada de cuanto pueda afirmar la grandeza de la Nación pasa inadvertido a su continua acción.

Hoy, al cumplir un acto común de su vida, lo realiza, como todos los años, rindiendo su admirativo homenaje a la patria, recordando con respetuoso fervor a aquel magnífico grupo de representantes de las Provincias Unidas que con la garantía de sus vidas, haberes y fama cortaron virilmente la última ficción de vasallaje a una realeza, y no solamente afirmaron la independencia desligándonos de la metrópoli, sino que, y esto nos conviene recordarlo como libres, *de toda otra dominación extranjera.*

Es por eso, señores, que estamos acá reunidos. Todos nos sentimos animados en esta hora crucial para la humanidad, de un mismo ideal patriótico afirmando, una vez más, el viril propósito de trabajar intensa y dignamente para elevar y prestigiar el concepto de argentinidad y contribuir a consolidar el principio de una patria noblemente fuerte en una tierra extensa y rica, por la obra y la acción de los argentinos, en la misma forma como fué obra de argentinos el movimiento de Mayo; las postulaciones de la Asamblea del Año XIII, el audaz rompimiento del 16; la marcha triunfal de los ejércitos, que conducidos por el Gran Capitán dieron la libertad a los pueblos desde Magallanes al Chimborazo. Fué de argentinos ejemplares la gesta impulsora que sirvió de pauta a todos los hombres de América que añoraban por su libertad y que dió lugar a que surgiera a la faz del mundo esta constelación de repúblicas que, desde un polo hasta el otro, son hoy la última esperanza de una humanidad deshecha y dolorosa. Debe

ser y será de argentinos la afirmación de que *no quedará un solo trozo de tierra americana bajo la garra de usurpadores, por poderosos que ellos sean.*

La Declaración de la Independencia es una acción digna de ser hondamente meditada. No se es libre solo porque se haya declarado, sostenido y afirmado la independencia. Se es libre cuando, a más de lo anterior, el pueblo cumple con su deber de soberano como lo cumplieron quienes así escribieron. *Nos los representantes de las Provincias Unidas...* Se es libre cuando el Estado, entidad concreta al referirse a su extensión y a su poder llega a ser el verdadero dueño de todas sus riquezas y es soberano en el ejercicio de su poder. Se es libre cuando el pueblo educado, virilmente se agrupa ante sus sagrados símbolos, y con ellos al frente da calor de vida y adhesión a sus mandatarios para que éstos, al sentirse comprendidos, continúen impertérritos cumpliendo el mandato de los antecesores de los años 10 y 16. Se es libre, cuando todos, hermanados en nuestra tierra, repetimos y cumplimos la afirmación: *Coronados de gloria vivamos, o juremos con gloria morir.*

El legado del 16 se va cumpliendo con el fatalismo de las cosas inmutables porque lleva como antecedentes a la razón, al derecho y a la justicia; como emblema a la paz y como escudo a su propia fuerza.

Reverenciemos a los hombres de Mayo y de Julio que nos dieron libertad, patria e independencia. Ellos tuvieron fe en su obra inmortal porque su visión estuvo en el futuro, en este pueblo por venir que jamás había de claudicar en sus ideales ni apartarse del cumplimiento de sus destinos.

Reverenciemos a aquellos patricios, dignos de las loas grabadas, para la eternidad, en la dura piedra de las montañas porque, abroquelados en su espartana virtud creyeron en la virtud de sus descendientes; iluminados por la divina chispa

del ideal libertador tuvieron la convicción de que el mismo ideal sería el alma de los argentinos; y, al encender y alzar la antorcha anunciadora de una nueva nación, la alimentaron con su fe y con su ejemplo y la legaron en custodia al pueblo argentino. Es sembrando estos principios como cumple su obra de argentinidad la "Universidad Popular del Oeste, José Gil Navarro" que me honro en presidir y este año, por uno de esos hechos que salen de la órbita habitual, cumplimos esta rememoración a la acogedora sombra de esta Casa, la "Caja Nacional de Ahorro Postal". De esta Institución que es un ejemplo de la pujanza vigorosa de nuestro pueblo. Ella sola ya es un símbolo que marca el camino de la redención a todos y a cada uno de los habitantes de nuestra patria. Ella es como un noble llamado a la virtud diciéndole: Quien es capaz de vivir noblemente debe prever su mañana, debe cuidar su porvenir; y quién es capaz de ello ama su libertad, porque las deudas atan, obligan, torturan y esclavizan. El trabajo eleva, dignifica, salva y libera. El ahorro es la prolongación de ese trabajo productivo para un mañana con todas las virtudes acumuladas.

Vaya al Presidente de esta Caja, Coronel Aníbal J. Imbert, dignísimo representante de nuestras fuerzas armadas, interpretador de los ideales de nuestro gobierno y que con un comprensivo gesto que le honra y es propio de las virtudes inherentes a los hombres pundonorosos el probar sus calidades, nuestro agradecimiento y sincero aplauso.

La presencia en esta Casa de los alumnos de la Universidad Popular, de sus familiares y amigos es, en sí, un elemento ponderable que se acerca para conocer esta obra de argentinidad que se cumple y estoy seguro que compenetrados de la nobleza del propósito han de sumarse en su esfuerzo a la obra común.

Señores: La guerra del 14 al 18 había terminado para

dejar tras de sí, en nuestro país, después de una artificial prosperidad económica, su secuela de crisis y desorientación. Flotaba en el ambiente ese estado de ansiosa expectativa sobre algo que no se concretaba, porque se carecía de la clara visión hacia donde el pueblo podía marchar seguro de su destino. Quienes más sentían tal estado de cosas eran las gentes humildes; trabados en su humano y legítimo deseo de mejorar no hallaban la forma como realizarlo. El país carecía de establecimientos hacia los cuales la masa adulta pudiera encaminarse para completar los conocimientos que desgraciadamente no tenían. La escuela de adultos carecía del sentido de la realidad. A pesar de la apasionada prédica del profesor José J. Berrutti se confundía al adulto con un niño. No se veía que se trataba de hombres que, aparte del conocimiento de los ramos instrumentales y nociones generales, requerían otros de acuerdo con las imperiosas necesidades del vivir. El plan oficial de estudios no preveía estos casos. Había necesidad de retomar el camino y desbrozar la ya borrosa senda.

El problema era semejante al que se planteaba en otros países y requería decisión en quienes se propusieran resolverlo, pues siempre aparecen los intereses creados y las oposiciones a todo nuevo hacer.

Un calificado grupo de vecinos de Caballito se dió a la tarea de hacer algo por sus convecinos y constituídos en comisión estudiaron el ambiente. Fué así como vieron al hombre cual se ve al hermano sin detenerse a averiguar el origen de cada uno; más les interesaba saber qué aspiraba ese cada uno, para buscar el medio de proporcionárselo, no por el dinero sino por la posesión de un arma más poderosa: la del conocimiento preciso para llegar por el propio esfuerzo; pero hicieron más: estudiaron al habitante para hacer de él un ser útil; al ciudadano para transformarlo en un individuo capaz de convivir en una democracia y hacer de él una personalidad capaz

de discriminar sobre el valor de la práctica desinteresada y noble de un buen uso de los derechos y deberes ciudadanos y de las obligaciones inherentes como miembros de una sociedad libremente organizada.

El problema que se les planteó fué de orden cultural y general y abarcaba los campos del espíritu, de la política, de la capacidad, de la producción y de la riqueza. En presencia de tales necesidades evidenciadas en ansias de progreso, aquellos vecinos encararon la posibilidad de cumplir labor constructiva tratando de proporcionar capacidad a quien no la poseía o le era insuficiente, orientar al que no tenía noción de lo que podía hacer; descubrir aptitudes en quienes no las manifestaban.

Se trataba de una cuestión de orden interno local, pero por muy doméstico que fuera tenía repercusiones en el orden social. Hubo que abandonar el terreno de las teorizaciones dadas por aquellos que marchan con los ojos en las estrellas sin mirar la tierra en que pisan y llegar a las realizaciones prácticas de modo que estuvieran acordes con los legítimos anhelos populares. En el plan que elaboraron hubo una sola medida: la de la necesidad de cada uno, la del deseo de dar a cada uno de los solicitantes los conocimientos para alcanzar una mayor habilidad productiva, y darlo todo eso libre y gratuitamente.

De esa manera se creaban recíprocos deberes: por una parte, al solicitar ayuda a la Comisión, el solicitante se obligaba a sí mismo a colaborar en la obra y mantener la compostura y disciplina necesarias para que ella pudiera realizarse, y por la Comisión a darle todo lo que estimaba útil para que, quien a ella acudía, no quedara defraudado en sus esperanzas.

Si se piensa en lo que la Comisión planeó, se ve que en pequeño realizó un notable experimento. Hizo surgir, en quienes a ella acudieron, el deseo de superación, la voluntad de

ser más y mejores, el sentimiento de ayuda hacia otros que, como ellos, también necesitaban, el entusiasmo por el afianzamiento de la Institución que todo les daba sin exigirles más que voluntad y orden, y el concepto de que la voluntad puesta en acción y la perseverancia a ella unida son las palancas para llegar a lo propuesto.

Fué así como al realizar una obra altruísta, aquel grupo de buenos vecinos, en 1921, entendían servir bien a la patria; y he aquí explicado el cómo y el porqué surgió la Universidad Popular del Oeste.

Hay en este esfuerzo una continuación y una rectificación con el pasado cultural. Continuación porque se trata de una obra de cultura; rectificación porque cada forma debe adecuarse al tiempo en que se vive y a sus necesidades. Volver simplemente a las fórmulas de un pasado es ignorar el momento. Hoy se vive en el momento de la máquina; la producción en serie es más rápida, económica en porción de materia, en tiempo y en esfuerzo. La ciencia avanza y sus descubrimientos, asentados en verdades relativas permiten rectificarlas, ampliarlas o reemplazarlas, sin que se derrumbe lo construído. El hombre necesita cultivar sus disciplinas para dejar de ser un esclavo de sus pasiones y de la máquina y ser lo que es, su amo, porque es él quien se dominará y a su voluntad hará producir y modificará o reemplazará a los instrumentos que maneje.

Nuestra Universidad surgió grande porque grandes y generosos fueron los propósitos de sus creadores; porque quienes la concibieron y quienes la continúan no persiguen finalidades de lucro; porque el cuerpo de enseñantes son un ejemplo de desinterés y laboriosidad inteligente. Con una inscripción de más de 750 alumnos, cantidad apreciable pero no la más elevada, porque ella en un local más accesible que el actual ha superado el millar, nos es dable decir que por sus

aulas han pasado más de veinte mil alumnos y jamás hubo necesidad de aplicar una medida disciplinaria extrema.

Los mismos alumnos y ex alumnos, compenetrados de las ventajas de una mayor cultura, crearon una Biblioteca Popular, la que esperamos con marcado optimismo podamos hacerla funcionar en el edificio en que hoy funciona la Universidad. Y fundamos este optimismo al observar la evolución como hoy se resuelven todas las cuestiones relativas a la cultura popular. Las pequeñas molestias personales ya no son tenidas en cuenta cuando del bien general se trata. Estamos dentro del principio de que cada uno debe hacer más y mejor.

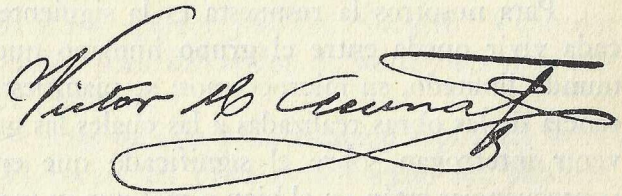
Durante el año 1943 terminaron el ciclo de sus conocimientos, 89 cursantes pertenecientes a las 14 ramas de las actividades y que por falta de un local más amplio no pueden aumentarse. A esos 89 cursantes se les hará entrega de un certificado en el cual consta el esfuerzo cumplido. A vosotros, los que alcanzáis esta distinción, en nombre del Consejo de la Universidad y de los señores profesores, nuestras felicitaciones; es nuestro deseo y esperanza que el recto camino que habéis emprendido y en el que habéis probado condiciones, sea siempre continuado y podáis gozar de un vivir en el cual la conciencia siempre os aplauda.

Como en la vida hay sinsabores e instantes de vacilación os pido que cuando ellos lleguen, no olvidéis a la Casa en la que habéis pasado días felices; ella os cobijará con calor de hogar y hallaréis la fortaleza necesaria para continuar por el camino de la virtud.

Pensad en que la patria necesita hombres y mujeres dignos y honestos; que el trabajo no es un castigo sino un placer cuando se realiza poniendo fe y entusiasmo y da a nuestro espíritu la satisfacción del deber cumplido. Recordad a vuestros maestros, siempre los habéis visto alegres, activos y atentos, sin pensar ni en su descanso ni en su remuneración.

Ellos han mirado sólo a vosotros para que fuerais más felices.

Ved ahora más allá: ahí están vuestros padres, hermanos, amigos, conciudadanos. Miradlos como se alegran y se despejan sus frentes al veros avanzar noblemente.

Y mirad más alto aún. Ved a esta bandera; ella es símbolo de pureza, nada hay en ella que no respire amor. Es la patria misma con sus altiveces y sus inquietudes. En ella está escrita toda nuestra historia, todas nuestras vicisitudes, todas nuestras glorias. Es el símbolo de la raza argentina, de aquella que lo dió todo para que otros pueblos alcanzaran el sagrado bien de la libertad. Es la hidalguía, es la nacionalidad, es nuestro pueblo. Acá está; ella es testigo del acto que se realiza y reclama vuestro honor para que seáis siempre dignos del nombre de argentinos y sirváis a sus ideales con diligente desinterés.

Servidla siempre, alumnos de la "Universidad Popular del Oeste, José Gil Navarro", y todos cuantos me escucháis, recordando que *La bandera azul y blanca, Dios sea loado, no fué jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la Tierra.*